

Leandro López

Grizel Delgado-Rodríguez

Leandro López zanjaba todas las conversaciones con dos palabras. No tres, ni cinco; necesitaba sólo dos palabras. Siempre tenía razón, siempre acertaba.

Lo conocí en el comedor, en una conversación sobre fútbol. Se jugaba el mundial de 1994 en los Estados Unidos y México acababa de ser eliminado por Bulgaria. El Gordo despotricaba contra el Tri. Contaba lo mal que jugaba y la incapacidad mexicana para tener un jugador que brillara fuera del país. Leandro nada más nos observaba sin decir nada, como si estuviera muy ocupado masticando. Cuando se acabó su pierna de pollo, se limpió la boca con una servilleta y, sin decir agua va, interrumpió al Gordo.

—Hugo Sánchez —dijo acompasadamente, se levantó y se fue.

Claro, el pentapichichi. La única Bota de Oro mexicana. Hugo, cuatro veces galardonado como el mejor jugador extranjero en la Liga Española. Estaba claro que el Gordo no tenía razón y el hecho de que Hugo acabara de fallar un penal contra Bulgaria parecía carecer ahora de importancia. Así de efectivas habían sido sus dos palabras.

«Nunca azules» fue el final de una de las reuniones de capacitación más memorables; con «siete veces» nos llevó a apoyarlo en un proyecto a sabiendas de que todos tendríamos que trabajar más. Su frase más comentada había sido «punto final», que tuvo que digerir el jefe de departamento frente a todos nosotros con una sonrisa falsa.

Ese talento lo hizo subir de puesto. Yo le fui ganando admiración y afecto. En casa, Carmela, mi mujer, me aconsejó que intentara entablar amistad con él para que así aprendiera a imitarlo, algo le decía que ese talento suyo podía ser beneficioso para mí también. Apenas me lo sugirió se me ocurrieron dos palabras para contestarle, pero no me atreví a decírselas.

Con el tiempo fui observando a Leandro y buscando momentos para coincidir e iniciar una conversación. Decir que nos hicimos amigos sería una exageración, pero al menos conseguí llevarme con él mejor que muchos otros. Cuando él no estaba, yo lo imitaba, emulaba sus gestos, su mirada, hasta su lentitud al hablar.

Un día me mandó llamar el jefe. Yo estaba bien nervioso, hacía poco que habían echado a mucha gente. Pasé delante de la oficina de Leandro y él, al ver adónde me dirigía, levantó su mano y me dijo «muchacha suerte». Sus palabras me hicieron sentir tranquilo. Por eso, cuando vi al jefe no tartamudeé al saludarlo como hubiera hecho en otro tiempo. Me había ascendido y elogió mi trabajo. Yo no podía creérmelo. Había funcionado imitar a Leandro, tanta razón que tenía mi mujer. Apenas salí, fui a su oficina. Estaba que se me salía el corazón de la alegría. Del puro gusto lo terminé invitando a cenar a mi casa.

Nos visitó una semana después. Llegó justo a la hora que lo citamos, ni un minuto tarde. Aún tenía tanto que aprender de él. Carmela todavía no se había arreglado y seguía ordenando la casa. Se dispensó y subió a cambiarse. Me echó un grito desde el piso de arriba y me pidió que le echara un ojo al pollo y le ofreciera algo de beber a mi visita.

Llevé a Leandro a la sala. No podía creer que lo tenía en casa probando los mezcales que me habían mandado unos primos. Le conté cómo empecé a trabajar en la empresa y apenas él apuraba un trago ya estaba yo rellenándole su vaso. Como mi mujer no bajaba y yo ya comenzaba a impacientarme, nos fuimos a la cocina y vigilamos que no se quemara la cena.

Leandro se acercó al horno a ver lo que había cocinado mi mujer. Carmela había preparado pollo almendrado, era lo que mejor le salía. Le dije que podía abrir el horno si quería. Él asintió y abrió un poco la puerta. El olor a especias inundó la cocina. Leandro respiró satisfecho el aroma. Habíamos escogido bien el guiso Carmela y yo.

Fuimos al comedor y pusimos la mesa. Mientras le contaba del rancho de mi padre, bajó Carmela por las escaleras. Se había arreglado muy bonita, hasta se maquilló. Interrumpimos la conversación, él se quedó viéndola. Me gustó que la admirara en silencio. Quizás no se esperaba una mujer bonita para mí. Fue hasta ella, se acercó al último escalón. Ella se sonrojó mucho. Yo rellenaba los vasos de mezcal. Y entonces, como un rayo, me acordé de la primera vez que lo vi vencer a alguien con palabras. Lo recordé muy tarde, quizás. Para cuando yo llegué a las escaleras, él ya se había presentado a mi mujer. «Leandro López», dijo, y le extendió la mano.

GRIZEL DELGADO RODRÍGUEZ (1982, Ciudad de México). Realizó estudios de licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, y de posgrado en la Universidad de Düsseldorf (Alemania). Es editora, correctora y reseñista. Su primera novela juvenil *Tu abuela en bicicleta* fue recomendada por IBBY México en 2018. Su cuento infantil “El misterio de Zacango” fue premiado por el certamen de Literatura infantil de la Universidad Autónoma del Estado de México (2014) y publicado un año después. Además, ha publicado relatos en las revistas mexicanas *La Colmena*, *Punto en Línea* y *Palabrijes*. Algunos de sus cuentos han sido premiados en certámenes literarios en México y España. En 2014 tomó talleres de creación literaria en la Escuela de Escritores de Metepec e impartió cursos de promoción de la lectura en escuelas públicas en la Ciudad de México. Colabora esporádicamente con revistas literarias alemanas, como *iMex* y *CultMag*. Trabaja y reside en Berlín.

Recibido: 23 de agosto de 2018

Aprobado: 24 de abril de 2019